

EL FARO BISBALENSE



ESTABLECIMIENTO
tipográfico y editorial
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Redaccion calle del Puig, n.º 43.

Administracion plaza del Cas-
tillio núm. 28.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En La Bisbal 10 rs. trimestre.

En los demás puntos del rei-

no 12. Franco de porte.

Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, anuncios, avisos,

etc., línea. 1 r.

Suscriptores. 1/2.

Insértese ó no, no se devuelve

ningun original.

PERIODICO SEMANAL, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE MODAS.

EL SOCIALISMO.

Humildes pigmeos de la ciencia, con trémulo pulso hemos escrito el precedente epigrafe, tema superior á nuestras fuerzas pero que sin embargo abordamos, sinó con suficiente idoneidad con sobra de leal propósito.

¿Qué es el socialismo?

Para los creyentes *pur sang* de esa doctrina filosófica, no es mas que un asombroso desarrollo físico, moral é intelectual del individuo; un fantástico aumento de produccion; la satisfaccion de todas las necesidades; la armonia de todos los intereses por medio de la asociacion universal: para los neófitos de esa doctrina fascinadora, no es mas que la negacion de toda creencia; el repartimiento de la propiedad ó sea la comunidad de bienes; el goze de todas las pasiones; el entronizamiento de todos los vicios por medio del incendio, el pillage y el asesinato: para las Naciones, el sangriento fantasma del 93; para los hombres de Estado, una utopía que espanta, el alud de las montañas; para casi todas las clases de la sociedad, el Antecristo de la edad moderna; para la ciencia, un absurdo; para la razon natural, la demencia del sentido comun.

¿Qué causas reconoce ese vuelo fantástico que han tomado en nuestros dias las doctrinas socialistas?

Lo ignoramos, ó por mejor decir, no tenemos valor para consignarlas: ¿por qué? entre mil razones la mas poderosa, la mas eficaz, la mas contundente, la de ser nuestro periódico, un periódico de localidad.

El comunismo y el socialismo son, á despecho de todas las elucubraciones sofisticas, hermanos mellizos.

El comunismo cuenta ya sus santones, Licurgo y Platon: el socialismo sus profetas, Saint-Simon, Fourier, Roberto Owen,

Aquel, queda consignado en la historia como un hecho; este, no ha tomado todavía carta de naturaleza.

Por esto el primero ya no asusta; por esto el segundo espanta.

El uno nos ha dicho, estas son mis ideas, mis aspiraciones, mi credo político realizable y realizado bajo esta forma de gobierno; el otro nos dice, yo quiero esto, voy á lo otro, aspiro á lo de mas allá, pero no nos ha dado un sistema de gobierno, no nos lo ha planteado, no lo ha encontrado todavía.

Tiene el principio del fin.

Si nuestra débil voz pudiese ser oída, esclamaríamos con sentido acento: hombres de Estado, hombres de Gobierno, haced imposible la realizacion de ese fin. Cómo á padres de familia os lo rogamos, cómo á ciudadanos os lo exigimos.

Oigamos á los Sres. Socialistas:

«Plaza, generaciones presentes de un pasado despótico y avasallador, plaza; abajo el órden social existente; fuera con vuestros sistemas de gobierno; plaza á nosotros, los redentores de la humanidad, los partidarios de la igualdad absoluta.»

Con qué derecho os erijís en árbitros señores de un presente que vuestra notoria incapacidad pasada os inhabilita para obligarnos á toscar un freno que nuestras mandíbulas rompen con la misma facilidad que os escupimos los trozos á la cara? Qué mentida libertad es la vuestra que no exime al pobre de la dependencia del rico; qué obliga al proletario á regar la tierra con el sudor de su rostro para que delicados frutos y esquisitos vinos se sirvan y escancien en opíparos banquetes, mientras el mendigo tiritando de frio á la puerta del magnate espera cuál hambriento perro á que se le arroje algun hueso del festin? Qué falsa igualdad es la vuestra que mientras vestís sedas y encajes, paños extranjeros y sedosas pieles, nosotros vestimos grosera pana y calzamos tosco becerro? Qué absurda justicia la vuestra que siempre se inclina y amolda á la voluntad del poderoso, para mostrarse siempre inflexible, siempre rigurosa, siempre tardía á los intereses del que no ha nacido en dorada

cuna ó sido envuelto en finísimos pañales? Qué equidad la vuestra que contais por miles la mojadadas de terreno, en tanto que nosotros carecemos de un palmo de él? Qué cinismo el vuestro que hasta en la tumba nos marcais una línea divisoria, parapetándoos tras mármoles y pórfidos á fin de recordar á las generaciones venideras que alli se encierran las cenizas de un poderoso? ¿Es este vuestro sistema de gobierno?... Abajo el órden social existente; paso, hijos decrepitos de un pasado despótico y monopolizador, plaza á nosotros, los redentores del humano linaje, los partidarios de la igualdad absoluta.»

Esto y mucho mas dice la escuela socialista á la escuela del derecho y la civilizacion.

Y cada vez que uno de estos gritos ha dejado oírse, se han descarnado en algo los cimientos de la sociedad.

Y, ¡capricho humorístico de los señores socialistas! Ellos que con su doctrina errónea y absurda han soliviantado las pasiones del proletario y favorecido el pauperismo declarando á la par una guerra á muerte y sin cuartel á todas las religiones particularmente á la católica apostólica romana, por ser ésta el insuperable baluarte de las olas revolucionarias-socialistas; estos señores sin embargo, se presentan cómo los continuadores del Evangelio y apoyándose en él con audaz cinismo, lo presentan á los ojos de las gentes sencillas cómo la verdadera tabla de los derechos civiles y políticos.

Dice Victor Considérant en su obra *Al socialismo delante del viejo mundo*: «La sociedad moderna está al borde de una descomposicion definitiva. El viejo mundo, el mundo de la esclavitud, del feudalismo, del proletariado, el mundo pagano atacado en su base hace mil y ochocientos años por la grande explosion de la libertad, de la igualdad y fraternidad que el Cristo trajo á la tierra; el mundo de la miseria, de la lucha, de la explotacion del hombre por el hombre,

está quebrantado hasta en sus cimientos.»

La libertad, la igualdad, la fraternidad del Evangelio que invocais, torcidamente, señores socialistas, es la libertad, la igualdad, la fraternidad cristiana.

En lo antiguo, antes que el refulgente sol del Gólgota hubiese velado su disco para reaparecer esplendente y bello tras las montañas de la Jerusalem libertada, la Roma de los Reyes arrojaba miles de esclavos á la arena del circo para servir de pasto á las fieras del desierto.

Antes que la luz del cristianismo viniese á enseñarnos la verdad revelada, la Roma de los Césares corria en báquica orgía á los anfiteatros del Hipódromo donde millares de siervos cubiertos de pez y resina servian de humana antorcha.

El derecho romano, que aún hoy dia se apellida la razon escrita, consignaba en sus códigos que el esclavo solo debia ser considerado cómo cosa, y por consecuencia, lo mismo podia ser arrojado á los viveros de los anfitriones que á los pozos de las gemonias.

Contra esta monstruosa desigualdad humana, vino á tronar el hijo de Aquel que es Rey de Reyes; contra esta asquerosa desigualdad, vino á predicar la fraternidad cristiana.

A su potente voz las cadenas del esclavo cayeron; con la santa palabra «Caridad» borróse la razon de ser del pauperismo.

El Evangelio no ha venido á decir al proletario, revélate contra tu destino, alza la sien, arroja el instrumento de labranza ó abandona los talleres industriales y, cruzado de brazos, acércate al granero del rico vociferando con siniestro aspecto «quiero pan», no; el Evangelio dice concisa y terminantemente dirigiéndose al individuo en general «regarás la tierra con el sudor de tu rostro». Y creéis vosotros que aquel que no ejerce un oficio mecánico, ya no trabaja? qué aquel que á fuerza de ahorros, de inteligencia de estudio llega á crearse una posicion,

más ó ménos desahogada, ha de entregar al primer innovador ú holgazan parte de lo que se ha procurado con el sudor de su rostro para hacer frente á las necesidades de la vejez, interin el despojador de la propiedad pasaba el tiempo en la crápula y la holganza? qué aquel que pasa todas las horas del día y de la noche entregado al estudio y á la meditación, y por fin sorprende un secreto á la naturaleza que da por resultado la chispa eléctrica ó la aplicación del vapor, no merece una recompensa, una distinción, un lauro que le haga pasar á la posteridad para tener siempre viviente, siempre perenne, un honroso modelo que imitar cuando no aventajar? ¿Si han de medirse con igual rasero las notabilidades y las medianías? ¿qué premio reservais al talento, al génio, á la virtud! ¿creéis que aquel que hace de lo suyo, tanto si es heredado, donado, ú adquirido, lo que mejor le parece, ya sea edificando soberbios palacios, montando lujosos trenes, ostentando ricas preseas, dando faustuosos banquetes, ó levantándose suntuosos panteones, os insulta y escarnece?

¿Creéis, vosotros, puesta la mano sobre el corazón, que debéis revelaros en nombre del Evangelio y de las leyes de la naturaleza contra estas monstruosas desigualdades?...

No mireis á la sociedad constituida al través de un prisma falso y seductor; no os dejéis alucinar por delirantes utopias hijas de una imaginación descarriada; no prestéis oídos á las falaces promesas de esos génios de la revolución-socialista; abarcad sí la sociedad en su conjunto; examinadla luego en sus partes sin perder de vista el punto de engrane; estudiad el móvil á que obedece, depurad todo en el puro crisol de la verdadera filosofía histórica y, entonces, llamad á juicio á Víctor Considerant para que os sostenga formalmente qué «el mundo de la miseria, de la lucha, de la explotación del hombre por el hombre, está quebrantado hasta en sus cimientos.»

No es esto decir que nuestra sociedad no tenga mucho que corregir y perfeccionar, pero entre esto ó el diluvio universal, no estamos por tanta agua.

Hemos dicho mas arriba que los señores socialistas al mismo tiempo que invocaban el Evangelio, hacían una guerra á muerte y sin cuartel á todas las religiones, particularmente á la del Redentor de la humanidad.

Para probar lo uno, hemos transcrito íntegro un apartado de Considerant; para apoyar lo otro, recurriremos al jefe de la escuela socialista, al fundador de ella, al hombre teórico y práctico, al nuevo Mahoma de esa religión *non sancta*, al fabricante de hilados, á Roberto Owen.

Mahoma explicaba el Alcoran con la punta de las cimitarras; Owen, mas pacífico, nos enseña su doctrina en el célebre *Manifiesto* publicado en Lóndres el 2 de febrero de 1840.

(Se continuará.)

F. S.

Sección literaria.

Con especial recomendación á nuestros suscritores, y particularmente á los señores padres de familia y profesores de instrucción primaria, trasladamos en esta sección, en el supuesto de que serán leídas con gusto, algunas de las bellas páginas del precioso librito que recientemente han publicado los Sres. Bastinos é hijo, editores, de Barcelona, con el título de «El Mosaico literario-epistolar.» (colección de autógrafos de algunos hombres célebres contemporáneos y de distinguidos literatos, profesores, comerciantes, industriales, etc.) de cuya obrita dice en su elogio el censor eclesiástico, «que la considera muy útil á las tiernas inteligencias para las cuales se ha compuesto, no tanto por la solidez de la doctrina, cuanto por los dulces atractivos de que sus ilustrados autores han sabido revestir los sabios principios y consejos de que abunda.»

Hé aquí, pues, algunas de esas bellas producciones suscritas por respetables autores, la mayor parte muy conocidos y apreciados, particularmente en nuestro Principado.

EN UN ALBUM.

Entre el coro de Vates que á porfía
Celebra de tus gracias el encanto
Permite, si aspirar puedo yo á tanto,
Que al par de ellos te eleve la voz mía.
Que aunque de la olvidada poesía
Ya dejó de inspirarme el fuego santo,
Al escuchar tu nombre, un nuevo canto
En mis labios resuena todavía.

En saber, en virtud y en hermosura
Yo te he visto crecer; en tí se aloja
Toda la perfección de la criatura.
Mas si mi canto por frialdad te enoja,
Culpa de ello á mi edad haré madura,
Y si no basta aun, rompe esta hoja.

Buenaventura Carlos Aribau.

MELODIA MATINAL.

En la hora en que la naturaleza se asemeja á un feliz ensueño, la mañana habla y las campanas respondían.

Ella decía: Bello es el nombre de Adoná.
Ellas respondían: María es la estrella de la mañana.

Ella decía: El viento y las olas que despiertan dicen el nombre del Señor. Ellas respondían: El marinero devoto dirige sus velas, y la niña que reza sus ojos hácia María, la estrella de la mañana.

Ella decía: El mundo, casa del hombre, lleno está del nombre de Dios. Ellas respondían: El templo, casa de Dios, lleno está del nombre de María.

Y la mañana tenía con sus colores las campanas, y las campanas esparcían sus sonidos por la mañana.

Y ella y ellas decían: Dulce es que digamos siete veces: Jesús-María.

Barcelona, 1836.

Manuel Milá y Fontanals.

EL LIRIO.

—«Si las flores se secaron
»Al rigor del sol de estío
»¿Cómo lleno de frescura
»Y de encantos peregrinos,
»Tú solo, al cielo levantas
»la frente, cándido Lirio?»
—«Es que guardé cuidadoso
»Una gota de rocío
»Que depositó la aurora
»En mi seno alabastrino,
»Y á esa dulce gota debo
»La pureza con que brillo.

La inocencia es para el alma
Otra gota de rocío;
Aquellos que la guardaren
Inmaculada, hijos míos,
Alzarán siempre sus frentes
Tan puras como los lirios.

Felipe Jacinto Sala.

APÓLOGO.

Los metales y las piedras, las hojas y las flores, los peces y las aves, la mar y el cielo enriquecieronme á porfía con sus colores más espléndidos. ¿Qué son palmera y rosa al lado de estas plumas que me engalanan? Al lado de estos hermosos ojos de esmeralda, azul y oro, ¿qué valen la luna y las estrellas? ¿qué los arreboles de la mañana? ¿qué vale el mismo sol?—

Así decía muy hueco un pavo real, extendiendo con majestuosa calma el ancho círculo de su magnífica cola.

—¡Zopenco! exclamó desde un almendro una marisabidilla urraca. Como el sol se haga noche, dime, papanatas, ¿qué te queda?

El pavo no dijo esta boca es mía.

En esto, en lo más repuesto del bosque sonó el canto de un ruiseñor; y la armonía dulcísima, traspasando el aire, volaba gozosa al cielo. Embelesadas estaban las aves y las flores, y el mismo sol parecía suspender su carrera.

Mi señor pavon bajó la cola, y con ella entre piernas tomó las calzas de Villadiego.

Pero esta es la hora en que todavía no ha caído de su asno.

Ogaño como antaño se pavonean los pavos.

José Coll y Vehí.

CANTARES.

Son las estrellas del cielo
del Dios eterno los ojos,
y van diciendo á los malos
«no os buscamos á vosotros.»

En la puerta de una iglesia
un ciegucecito hay que llora
porque no puede mirar
á los que le dan limosna.

La inocencia es una planta
que florece una vez sola,
y la virtud una flor
que al tocarla se deshoja.

La trenza de aquella jóven
el huracán la mecía,
la llevaba bien trenzada
y quedó destrenzadita.

No hay música tan hermosa
como el canto de las aves;
pero muy pocos la escuchan
porque se canta de balde.

Yo se una casita blanca,
yo se una casita negra;
en la primera hay las glorias
y en la segunda las penas.

Si el cielo está encapotado
mañana estará sereno;
mi Cataluña del alma,
tus ojos fija en el cielo.

F. Pelayo Briz.

EL DESEO DE LA VIOLETA.

Cuando Flora, la reina de las flores, hubo hecho nacer la violeta, cuando la hubo adornado con los colores más delicados y agradables, cuando le hubo regalado el cuerpo de mariposa y el delicioso aroma que la descubre en el sulco donde crece.—Hija de mi casto reino, le dijo ¿qué dádiva puedo añadirte para completar tu gracia celestial? La flor modesta contestó:—Dadme un poco de yerba para que me oculte.
(Traducido de «La Comedia Infantil» de Luis Ratisbonne.

Celestino Barallat y Falguera.

POESÍA.

Al pulsar hoy la lira,
Con mi festivo cántico,
El reposo turbára yo del viento,
Si hasta donde respira
Tu tierno pecho cándido

Llegar pudiera mi sentido acento.
Tu aspecto contemplára,
Y los perfumes célicos
Pudiera respirar de tu inocencia,
Cuando humilde ante el ara
De Dios, le elevas, fervida,
El corazón radiante de creencia.

Barcelona, octubre, 13, de 1844.

Juan Francisco Carbó.

Variedades.

LA CASA DEL CRIMEN.

CUENTO.

I.

En una pequeña, pero deliciosa y bellísima aldea de una provincia, que llamaremos A, vivía en santa paz y armonía un matrimonio jóven, que se amaba con toda la efusión del alma, con toda la ternura del corazón, con ese afán indescriptible que solo se experimenta en los floridos años de la adolescencia. Dos hijos, varon el uno, hembra la otra, constituían el fruto de amor de aquellos dos seres nacidos para comprenderse, para adorarse eternamente. El marido era trabajador del campo y la mujer se entregaba á los quehaceres domésticos y al incansable cuidado de sus hijos á quienes quería con todo el amor de que escapaz una madre. Eran pobres, muy pobres, en términos de que con mucho trabajo podía sostenerse, pero vivían felices, en medio de todo, y á nadie envidiaban la suerte por próspera y sonriente que fuera.

El tiempo transcurría entonces como transcurre siempre ahora, como transcurre siempre, con velocidad, con rapidez, haciendo brotar cana y marcando arrugas en la asendereada humanidad, y los hijos de nuestros héroes iban creciendo y poniendo de manifiesto y en relieve sus buenas y malas inclinaciones, dando con ellas, como es natural, sus buenos y sus malos ratos á sus padres. El chico, á quien llamaremos Andrés, de carácter ardiente é impetuoso, jamás parecía por la escuela, y todo su placer y sus ilusiones lo cifraba en jugar á los soldados y en robar las frutas que producían los huertos de los alrededores del pueblo. La niña, por el contrario, era tímida, apocada, sencilla, en una palabra, la antítesis de su hermano.

Al fin, cierto día, cuando este contaba ya 14 años, indicó á sus padres sus deseos de sentar plaza de soldado. Si señor les decía, soy jóven, muy jóven, pero tengo corazón y quién sabe si llegaré á capitán, á comandante ó á general, y entonces, si tal sucede, yo ampararé á Vds., y podré pagarles mejor que lo hago en el día, lo mucho que me quieren y han padecido por mí. El pobre padre lloró, suplicó, amenazó, se enfureció, pero no consiguió lo mas mínimo, porque el chico era inquebrantable; era uno de esos caracteres fuertes y enérgicos que ante nada ceden, que ante nada se doblegan y que muchas veces, las mas, tienen su asiento en la seguridad de conseguir lo que desde un principio se proponen llenos de fuerza y de energía. Y si el padre padeció tanto, calculábase, si calculábase puede, lo que sufriría la madre; ese sér tan interesante y sublime qué, cual la sonrisa de Dios, todo lo vivifica y cuyo cariño encierra tanta y tan delicada poesía, tanta ilusión, tanta abnegación, tanto encanto.

Ocho dias despues, Andrés dejaba su pueblo natal en dirección de la capital de la provincia para alistarse en la bandera de Ultramar, ébrio de esperanzas, sumiendo á sus padres y su jóven hermana en el mas hondo pesar, en el mas amargo desconsuelo.

II.

Veinte años despues, y caída de la tarde

de un hermoso día del mes de abril, un hombre que podía frisar en los 7 lustros, alto, fornido y esbelto, vestido con un ligero traje de camino y seguido de un mozo que conducía algun equipage, subía la empinada y árida cuesta que va al pueblo de A. Por lo visto, nuestro personaje conocía bien el camino, pues poco antes de llegar á la aldea, tomó sin vacilación alguna, el atajo que solo los mozos del país pisaban, y al cabo de cinco minutos se encontró en medio de la plaza de la Constitución. Allí preguntó por la casa del alcalde, y una vez ante la respetable presencia del presidente de la corporación municipal, entablóse entre ambos personajes el siguiente diálogo.

—Señor alcalde, soy comandante del ejército de Filipinas, y pido á V. me haga el favor de estenderme boleta de alojamiento para esta noche.

—Este pueblo, señor militar, contestó el pedáneo, es muy miserable, y no hay por lo tanto casas decentes donde podría V. alojarse; quédese en mi casa y haré lo que pueda para que lo pase lo menos mal posible.

—Gracias, señor alcalde, pero no puedo admitir su galante invitación; quiero que me dé V. boleta para casa de Antonio Sanchez.

—¿Antonio Sanchez! ¿Acaso le conoce V.? es el mas pobre del pueblo, está casi baldado, lo cual le impide trabajar, que es lo que él desearia, y vive de su pobre mujer, y de la caridad pública.

Al oír estas palabras, nuestro viajero se conmovió visiblemente y dos gruesas lágrimas resbalaron lentamente por sus tostadas mejillas hasta perderse en el labio superior entre su vigoroso y poblado bigote.

—¿Qué, se pone V. malo, señor militar? preguntó con interés el alcalde.

—Pues bien, don Juan, sepa V. que yo soy Andrés Sanchez, aquel que...

Una exclamación seguida de un estrecho y prolongado abrazo del alcalde, impidió á Andrés concluir la frase.

—Con que tú eres Andrés, aquel arrapiezo que tantos disgustos nos dabas á todos, y principalmente á tus padres? Y vienes de comandante. ¡Bonita carrera! ¡Quién lo habia de decir! ¡Si este chico es el mismo demonio!

Andrés contó en pocas palabras á don Juan su ingreso en el ejército hispano-filipino; sus repetidos y sangrientos encuentros con los moros de Joló; su brillante comportamiento militar, sus ascensos, sus amores, en fin, obligó al alcalde á que le hablara de sus padres á quienes en tanto tiempo habia olvidado, sin dirigirles una mala carta en 20 años, pidióle la boleta para la casa de aquellos recomendándole que al día siguiente se presentara allí por la mañana para almorzar todos juntos las provisiones que llevaba consigo, y advirtiéndole que entonces, en el almuerzo, se daría á conocer á sus padres; desterrando el incógnito con que pensaba pasar la noche.

Quedaron convenidos en esto, y nuestro Andrés, seguido de su mozo, se dirigió á la miserable choza en que vivió la primera y en que se sucedieron dulcemente unos á otros los dulces años de la temprana edad. Vió á su padre y á su madre (la hermana habia muerto,) viejos, achacosos, decrepitos, y mucho tuvo que hacer para no abalanzarse á sus brazos diciéndoles:—Yo soy su hijo Andrés; pero lo que habia dicho momentos antes al alcalde le obligó á contener los impulsos de su corazón y el grito de su alma. Los pobres labriegos fundándose en su miseria, se negaron á admitir al alojado, pero este les hizo ver que se hallaba acostumbrado á todo, malo y bue-

no, y que nada le importaría pasar mal la noche. Al fin cedieron á los ruegos del militar y este se acomodó como pudo en un miserable catre de tijera, no sin dejar antes sobre una mugrienta mesa de pino, coja y desvencijada, un pequeño talego repleto de hermosas é incitantes onzas de oro que traía de regalo á sus padres, con el fin de ver lo que estos hacían al verlas y poderles dar broma al siguiente día, si llevados de la codicia tomaban alguna de las monedas. Durmióse profundamente el militar, y su madre, que entró en la habitación con el objeto de ver si alguna cosa se le ofrecía, observó el consabido taleguito, no sin estremecerse de admiración y de alegría. Volvió al lado de su marido, y aquella mujer que tan buena fué toda su vida y que tan arraigado llevó por tantos años en su pecho el germen de la honradez mas pura, incitó á su marido cometer un crimen.

—El militar duerme, ¿quieres que le robemos? ¡Somos pobres, muy pobres, y él tiene tanto dinero!

—Mujer, contestó el labriego, ¿qué dices? ¿Estás loca?

—No estoy loca, nó; pero con ese dinero dejaríamos esta miserable choza, saldríamos de este pueblo, seríamos ricos, muy ricos, mientras que hoy vivimos amparados al manto de la caridad pública y en la mas espantosa miseria.

Aquella mujer queria casi justificar con su completa penuria, con su carencia absoluta de recursos, el crimen á que trataba de arrastrar á su marido y hacerle su cómplice; aquella mujer obraba á impulsos de falta de pan que llevar á su boca; aquella mujer se inspiraba en los horribles tormentos y en los incesantes martirios del hambre. ¡Infeliz mujer!

Una hora despues el comandante era un cadáver; sus padres, con auxilio de un

hacha, habian separado la cabeza del tronco. Habian cometido sin inmutarse, uno de los crímenes mas nefandos y horribles que mas pesan en la balanza de la justicia humana. Habian dado muerte al que 36 años atrás dieran la vida y formaba su principal encanto!

Á la mañana siguiente el alcalde, fiel á su consigna, estaba en casa de Antonio Sanchez.

—¿Y el alojado? preguntó.

—¡Qué alojado, señor alcalde. ¡Ah! sí, el de anoche, contestó la madre, se marchó al notar nuestra pobreza y no le hemos vuelto á ver.

El alcalde, que no era lerdo, comprendió que aquellas palabras de la mujer encerraban algun misterio. Lleno de ansiedad volvió á su casa y regresó de nuevo á la de Sanchez con otras dos personas que le pudieran servir de testigos en su caso, y comprende el lector lo que sufrirían al ver gotas de sangre en el pavimento de la habitación en que se acostó el comandante. Interrogaron á los aldeanos, y no pudiendo sacar de ellos palabra alguna que ilustrara el asunto, guiados por un reguero de sangre pudieron asegurarse con horror de que el tronco y la cabeza del desgraciado Andrés habian sido arrojados al pozo de la casa.

Entonces el alcalde, con voz conmovida, pero enérgica y levantada, dirigióse á los padres de la víctima y les dijo:—Habeis cometido un crimen horrible y espantoso: ese hombre á quien habeis asesinado era Andrés, era vuestro hijo. ¡Miserables!

Pronunciar estas palabras y caer Antonio Sanchez al suelo, fué obra de un instante. Acababa de espirar. ¡Dos meses despues la mujer entregaba su alma á Dios en el banquillo de un patíbulo!

La vindicta pública estaba satisfecha. Desde que ocurrió tan triste acontecimiento

—Carlos! pobre Carlos! dijo Elisa con dulzura: ¡sé que ante todo es el deber, sé que primero es la patria, yo misma moriria por salvarla, y sin embargo, tratándose de tí, soy egoísta, muy egoísta! ¿No es cierto que ni el triunfo, ni las derrotas, ni el valor, ni el peligro, te harán olvidarme de mí? Dime que no te espondrás con temeridad, que procurarás volver á mi lado... y bajó los ojos como si se avergonzase de aquella frase.

Carlos comprendió la sublimidad de pensamientos que encerraba aquella confesion y la pasión intensa que se revelaba en aquellas palabras.

En aquel instante sintió una especie de zozobra, una débil tentación.

Perder la vida cuando poseía un corazón lleno de amor, todo un mundo de felicidad.

Quizá este pensamiento disminuyó aquel entusiasmo, ó mejor dicho, el furor que abrasaba nuestros pechos tratándose de combatir al francés: mas no, esto era imposible tratándose de mi amigo; aquello no fué mas que una nubecilla en día de verano, es decir, un rasgo de melancolía por el peligro de perder una persona querida, estampado sobre un alma serena y tranquila ante la perspectiva de la muerte.

Te acuerdas, Elisa, preguntó con cierta conmoción, cuando me decias que la voz del honor no debe escucharse á medias, porque este no admite paliativos, y que quien halla costoso algun sacrificio para alcanzar la libertad de la patria, ni tan solo es digno de vestir el honroso uniforme de soldado español, y en fin, ¿no asegurabas á mi hermana Carmen, que si fueras militar preferirias morir de un balazo recibido con honor que de una enfermedad comun sufrida con valor y resignación?

ANÉCDOTA DE 1814.

Era el 10 de enero del año 1818.

Queriendo disfrutar de las delicias de un hermoso día de invierno, salí á pasear por las afueras de Barcelona y miéntras estaba reflexionando sobre los males que de algun tiempo á aquella parte, afligian á nuestra querida España, divisé á algunos pasos de distancia á un oficial de artillería íntimo amigo mio.

Este encuentro me hizo lanzar un grito de alegría porque en aquel momento esperimenté el placer del que habiéndose ausentado de un ser querido, despues de haberle llorado por muerto, vuelve á recobrarlo cuando menos lo pensaba.

Cambiados los primeros saludos, preguntéle con sentido acento:

—¿Cómo te ha ido con la canalla francesa?

—Mal! muy mal! contestó mi amigo suspirando: en cuánto á mí verdad es que en la acción de Castellá de un balazo me atravesaron el muslo derecho, pero ¡bah! esto es lo de menos. Cuando pienso en la sangre que se ha derramado para arrojarlos de nuestras fronteras, ¡vive Dios! no sé que vértigo me domina.

—Carlos, aquel Capitan de caballería tan tronera que conocimos allá en Madrid...

to todos los habitantes del lugar de A, al pasar, cuando no pueden menos de hacerlo, por la vivienda de Sanchez, se sientan estremeciéndose de pies á cabeza y la denominan la Casa del Crimen.

G. DE P.

Gacetilla.

Bien venido.—Salvando los mares, *La España*, periódico que vé la luz pública en Buenos Aires, ha tenido la galantería de venir á visitarnos.

Quedamos sumamente reconocidos á nuestro querido colega por la espontaneidad y nobleza de su apreciada deferencia.

Un día fuimos hermanos,..... Seámoslo hoy en la prensa.

Cambio.—Hemos leído en el *Diario de Barcelona* que en un nuevo proyecto de ensanche se había suprimido, con respecto á una gran plaza, la denominacion de *Cataluña*, cambiándola con la de *Isabel-Alfonso*. Muy dignos de recuerdo son para todos los españoles estos últimos nombres; pero, para que continuaran teniéndolo y en extremo grato entre los catalanes, no había necesidad de *contraponerlos* al primero, no había—en manera alguna—necesidad de *borrar* el nombre de Cataluña de la capital del Principado.

Chasco.—Va V. á adivinar mis secretos, decía cierta señorita de algunos años, coqueta y remilgada, á un jóven que pretendía beber agua en un vaso en donde aquella acababa de beber.

El jóven, despues de una galantería que disculpaba su curiosidad, llevó el vaso á sus labios; pero, antes de beber, prorumpió en una carcajada que desconcertó á la dama.

Efectivamente: había descubierto uno de sus secretos por lo menos.

En el fondo del vaso había un diente postizo.

REMITIDOS.

Sin embargo de las noticias publicadas por los periódicos acerca de las enfermedades de la tripulacion de la fragata de guerra *Resolucion* y averías que esta sufrió en su viaje á Riojaneiro, desde las aguas del Callao, despues del triunfo obtenido por la escuadra española en el ataque y bombardeo de aquella plaza; creemos que nuestros lectores verán con gusto la siguiente carta del jóven labrador del vecino pueblo de S. Climent de Peralta, que continúa sirviendo á bordo de la citada fragata, y de quien copiamos, en otra ocasion, en las columnas de este periódico, la que dirigió á su hermano, dándole cuenta de un modo sencillo, si bien espresivo, de aquel glorioso combate.

La carta que se ha recibido ahora con algun atraso dice así:

Mal Vinas dia 6 de agosto de 1866.

A Juan Ral St. Climent de Peralta.

Querido Ermano: sabras que estamos á una tierra que ase mucho frio. Y ademas sabras que en el cabo dornos perdimos el timon y sabras que fuéremos 12 dias sin gobierno que estamos 12 dias que endamos nabagando para unde nos llebaba Dios y el viento.

Sabras que al cabo de 12 dias fuéremos á rrecala á las Islas leones y pasamos por entre peñas y rocas y no tocamos á ninguna rroca y fondeamos en las Islas leonas que ay 80 leugas á las Islas Mal Vinas y fueren con la lancha de bordo á bisar á las Islas Mal Vinas que diesen un vapor que nos viniese á remolcar asta Mal Vinas. Sabras que de cuatro ciento de tripulacion estabamos tres cientos enfermos. Yo era uno dellos pero en fin algunos an muerto yaora estamos gracias á Dios todos buenos.

Sabras que el vapor que nos remolco era yngles.

Sabras que despues de la desgracia acido nuestra suerte que cillegamos en parte de calor nos morimos todos cincadar ninguno vibo. Querido Ermano Sabras que estamos pasando mas frio que dios. Sabras que el dia que no nieba llueba auga con nieba.

Querido Ermano tomala conforme sea la letra que ya tubes que la carta no esta cómensada ni acabada. Cin mas deras espresiones á todos los hermanos y ermana cuando viene locacion.

Y los deras a Juan Reviol.

Y los deras a Grau Vila y los diras que me bolvido muy viejo.

Querido Ermano me contestarás cin perder tiempo en la fragata de guerra *Resolucion* en el Riojanero. (1)

Jayme Ral.

Besalú 7 noviembre de 1866.

Sr. Director de *El Faro Bisbalense*.

Muy Sr. mio: estando autorizado para dar á la stampa la copia de la carta que transcribo, ruego á V. que se sirva hacerla insertar en su apreciable periódico.

Soy de V. S. S. Q. B. S. M.

J. M.

«Sr. Inspector de Instruccion pública de la provincia de Gerona.

Besalú 7 de noviembre de 1866.

Muy Sr. nuestro: en atencion á que V. es recién venido y no estará enterado del estado de abandono en que nuestra Comision local de Instruccion pública tiene la enseñanza de esta villa, dejando pasar años y años sin celebrarse exámenes mensuales ni

(1) Segun los periódicos de Madrid, recibidos en estos últimos dias, en Cartagena se preparan grandes festejos para recibir á la fragata *Resolucion* que es esperada para fines de mes. Este magnifico buque, segun se creia en Riojaneiro, habrá podido hacer la travesía perfectamente con el timon provisional que le pusieron en las Malvinas. (N. de la R.)

generales, hemos determinado ponerlo en conocimiento de V. con la esperanza de que se servirá disponer lo conveniente á fin de que se celebren los exámenes mensuales, el general y público del mes de diciembre próximo, en conformidad con lo dispuesto en el Reglamento de Instruccion pública.

Aprovechamos esta ocasion para ofrecer nos de V. S. S. Q. B. S. M.—Liborio Suriá farmacéutico.—Francisco Bonfill.—José de Traver.—José Micaló.»

Charada.

Sin primera-cuarta el ave

No cruzara el horizonte,

Ni la vierais ya en el monte,

Ya en el mar, sobre la nave.

Fué la cuarta con segunda

Un escritor afamado,

Crítico muy estimado,

De concepcion profunda.

Cuarta-tercera le unió

Quizás á ingrata mujer;

Celos le diera, á mi ver,

Y su desgracia causó.

El todo es el apellido

De un personage elevado

Que fué y es hombre de Estado:

Sé que en Castilla ha nacido.

A. S.

(Solucion á la del número anterior.)

NO-VE-LA.

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, plaza del Castillo, núm. 28.—1866.

—¡Oh! exclamó con entusiasmo mi amigo, me hablas del mejor de los amigos. ¡Cuán cambiado está y, cuánto le debo!

—¿Te acuerdas? era aplicado: pero ¡uf! ¡qué calaverilla!

—No pensaba mas que en bailes, mares, intrigas amorosas; y tengo para mis adentros, que le gustaba mas asaltar un corazon que no una brecha.

Esta comparacion me hizo sonreir.

—¿Quieres contarme su historia? Le dije.

—Con mucho gusto, me contestó, pero seria bueno que nos fuésemos á mi alojamiento.

Entretenidos en varias conversaciones llegamos al número 6 de la calle Condal y Luis (este era el nombre del militar) me introdujo en un segundo piso espacioso, alegre y adornado con sencillez y elegancia.

—¡Qué habitacion tan magnífica tienes! exclamé sorprendido.

—¡Chico! interrumpióme frotándose las manos entre impaciente y alegre, despues te diré el porqué y el cómo.

Apenas estuvimos descansados, Luis empezó su relato:

«Como te decia, Carlos era un calavera, pero en medio de sus calaveradas, de la noche á la mañana y sin saber cómo, enamoró y se enamoró perdidamente de una jóven llamada Elisa, verdadero ángel de bondad, talento y hermosura.

Los padres de la niña no venian muy bien que digamos, porque aquella era hija única y por consiguiente heredera de una crecida fortuna mientras que Carlos no tenia mas que cinco mil duros de dote.

Y á mas, su rechoncha y egoista mamá y su bendito papá, eran de aquellos que creen como á cosa de fe, que todos somos unos déspotas y ambiciosos, y que cuando viejos, á causa de nues-

tras fatigas, ó lo que es peor, de nuestros excesos, nos vemos convertidos en un fondo de cama, ó en un trasto de hospital: por cuyo motivo, creian sacrificar á su adorada hija. Pero, á pesar de esto, gracias á los esfuerzos de Carlos y á las lágrimas de Elena, las dos familias se vieron y todo quedó arreglado.

Mi amigo estaba fuera de servicio á causa de un rasguño recibido en una pierna en la batalla de San Marcial, lo que le proporcionaba ocasion de ver con frecuencia á su amada.

¡Cuán felices fueron durante algunos meses!

Un dia Carlos compareció muy triste, pero tranquilo y sereno.

—Tienes algo? preguntó Elisa con temor.

—Nada, contestó su amante; solo que vengo á despedirme porque dentro algunos dias debo marchar á Bayona para reunirme con mi regimiento.

En lo restante del dia estuvo amable, obsequioso, y sonreia á todos; pero aquel sonris, no hacia mas que comunicar su amargura.

A medida que se acercaba la noche aumentaba la afliccion de Elisa. Vió llegar el sol á su ocaso, y entonces le ocurrió esa idea:

¡Solo una noche te queda para vivir con Carlos, y mañana debes despedirte tal vez para siempre! ¡Quién sabe si está destinado á morir en el campo de batalla, solo, y sin una persona amiga que reciba su último suspiro?

Esta última consideracion no hizo acudir ni una solá lágrima á sus ojos, pero su cuerpo temblaba como si estuviese aterido de frio y tenia la respiracion comprimida.

Quiso estar sola para desahogar su dolor, pero se halló frente á frente de Carlos, quien exclamó al verla:

—Mañana marchó y huyes de mí? No quieres despedirme?